

José Granados

# LA ESPERANZA DEL FUTURO AL FRUTO

didaskalos

91



JOSÉ GRANADOS

LA ESPERANZA  
DEL FUTURO AL FRUTO



*Imagen de cubierta:* Vincent Van Gogh, “*Los olivos*”, Saint-Rémy, Junio - Julio 1889,  
Museum of Modern Art, New York.

*Primera edición:* abril 2024

Autor: © José Granados

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-9688-2024

ISBN: 978-84-19431-44-8

Maquetación: Juan Carlos Adame

Impresión y encuadernación

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

# Índice

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN: EL SIGLO XXI, SIGLO DE LA ESPERANZA.....	9
PRIMERA PARTE	
<i>ESPACIOS Y TIEMPOS DE LA ESPERANZA</i>	
I. LA ALTURA DE LA ESPERANZA: LA DIVINIZACIÓN .....	17
1. O DIOS O NADA .....	19
2. O AQUÍ O EN NINGÚN SITIO .....	20
3. O AHORA O NUNCA.....	22
II. LA ESPERANZA DE LA PALABRA “DIOS”: ¡ÁBRETE! (¡EFFETÁ!) ..	25
III. EL UMBRAL DE LA ESPERANZA: SAN JUAN PABLO II.....	31
1. EL UMBRAL DE LA ACCIÓN HUMANA .....	32
2. EL UMBRAL DE LA FAMILIA .....	34
3. EL UMBRAL DE LA HISTORIA .....	36
IV. EL LUGAR DE LA ESPERANZA: EUCARISTÍA .....	39
1. EL HOMBRE NUEVO .....	40
2. LA COMUNIÓN NUEVA .....	43
3. EL FRUTO NUEVO.....	45
V. EL TIEMPO DE LA ESPERANZA: “¡AHORA EMPIEZO!” .....	49
1. DESDE DIOS, CADA HOY ES “¡AHORA EMPIEZO!” (NUNC COEPI!).....	51
2. JESÚS, EN LA SINAGOGA DE NAZARET: TODO SE JUEGA EN EL “HOY” (Lc 4.14-21).....	57

	<i>Págs.</i>
3. LA IGLESIA QUE NACE DE LOS SACRAMENTOS: LA COMUNIDAD DEL “HOY” (1 COR 12,12-30).....	61

SEGUNDA PARTE

*CRISTO, NUESTRA COMÚN ESPERANZA*

VI. NACE NUESTRA ESPERANZA: EL VERBO SE HIZO CARNE.....	69
1. PRIMERA PACIENCIA: HACIA EL DON .....	70
2. SEGUNDA PACIENCIA: TRAS EL DON .....	73
3. TERCERA PACIENCIA: MÁS DON .....	74
VII. SANTA MARÍA: GENERAR LA ESPERANZA.....	79
1. PRIMERA ESPERANZA: EN MARÍA NACE CRISTO DIOS.....	80
2. SEGUNDA ESPERANZA: EN MARÍA NOS HACEMOS CRISTO DIOS	81
3. TERCERA ESPERANZA: EN MARÍA NACEMOS JUNTOS AL CRISTO TOTAL .....	84
VIII. EL PERDÓN: ESPERANZA HACIA EL PASADO.....	89
1. LA HISTORIA DE JOSÉ: TRES ÉXODOS, Y UN CUARTO.....	91
2. EL QUINTO ÉXODO, HACIA LOS PADRES .....	94
3. MÁS ÉXODOS: NUESTROS PERDONES.....	98
IX. ESPERAR DESDE LA CRUZ DE JESÚS: LAS BIENAVENTURANZAS	103
1. EL SUFRIMIENTO NOS ABRE A RECIBIR EL DON .....	105
2. EL SUFRIMIENTO QUE VENCE LAS AMENAZAS CONTRA EL DON.....	107
3. EL SUFRIMIENTO QUE EXPANDE EL DON RECIBIDO .....	110
X. RESURRECCIÓN: MI CARNE DESCANSA ESPERANZADA.....	113
1. LOS DISCÍPULOS Y LA MAGDALENA: LA ESPERANZA PASCUAL DE TODAS LAS COSAS .....	114
2. A QUIENES PERDONÉIS, LES SERÁN PERDONADOS: ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA .....	117

	<i>Págs.</i>
3. “METE TU MANO Y TOCA”: ESPERANZA DEL FRUTO CIERTO	120

TERCERA PARTE

*ESPERANZA Y VOCACIÓN CRISTIANA*

XI. EL MATRIMONIO, MANANTIAL DE ESPERANZA PARA LA IGLESIA	127
1. UNA IMAGEN: TOBIT Y SARA.....	128
2. EL MATRIMONIO EN CLAVE DE CARIDAD .....	131
3. FE Y VERDAD DEL AMOR .....	132
4. LA CLAVE HOY: ESPERANZA Y GENERACIÓN DE AMOR Y VIDA	135
5. BIENES, FINES Y DONES DEL MATRIMONIO.....	136
6. LAS ESPERANZAS DEL MATRIMONIO .....	138
CONCLUSIÓN .....	141
XII. VIDA CONSAGRADA: LA VERTIENTE DEFINITIVA DE LA ESPERANZA	143
1. LOS VOTOS, EL FUTURO DE DIOS .....	143
2. LOS VOTOS: EL FUTURO DE UN PADRE .....	145
3. LOS VOTOS DESDE EL BAUTISMO, MANANTIAL DE ESPERANZA	148
XIII. ¿QUÉ FUTURO, PARA EL CRISTIANISMO? LA ESPERANZA DE LA IGLESIA ES LA ESPERANZA DE LOS SACRAMENTOS.....	151
1. LA PREGUNTA POR EL FUTURO EN LA SOCIEDAD DE HOY ..	153
2. LA PREGUNTA POR EL FUTURO DE LA FE.....	156
3. ESPERANZA EN EL FUTURO, DESDE LA EUCARISTÍA .....	160
4. LA ESPERANZA, DESDE LA EUCARISTÍA A LOS DEMÁS SACRA- MENTOS .....	164
5. LA ESPERANZA DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO, SACRAMENTO A SACRAMENTO.....	167
CONCLUSIÓN .....	171

---

## Introducción: el siglo XXI, siglo de la esperanza

En su libro *Las anclas en el cielo* (Encuentro, Madrid 2022) el filósofo francés Rémi Brague indaga las raíces de la crisis actual de la natalidad. Brague cree que estas raíces no consisten solo en un nuevo estilo de vida, sino en una nueva forma de percibir el mundo. Los posmodernos ya no creemos que el bien y el ser coincidan, es decir, que las cosas tengan bondad en sí mismas. Esto lo aplicamos a la vida humana y concluimos: que un hombre más venga al mundo no es algo bueno y basta, sino que depende.

La cosa, prosigue Brague, no tendría consecuencias prácticas si sólo concerniera a nuestra vida, pues nosotros no tenemos que elegir ser, sino que nos encontramos ya siendo. El dilema de Hamlet, si ser o no ser, no se nos plantea, salvo que nos pongamos drásticos y sopesemos el suicidio.

Ahora bien, aunque no elijamos ser, sí que elegimos *transmitir* el ser, especialmente en esta época que permite regular técnicamente la natalidad, separándola del amor del hombre y de la mujer. Y cuando hoy tantos eligen no transmitir el ser (no generando hijos) es porque piensan que el ser no es necesariamente bueno. Nuestra época, por tanto, formula el *ser o no ser* hacia el futuro: *generar o no generar*. Y la respuesta suele ser negativa porque hemos separado la transmisión del ser de la bondad que experimentamos en el amor.

Ahondando en su argumento Brague propone entonces una equivalencia entre la historia de los tres últimos siglos y lo que la metafísica clásica llama los trascendentales, en concreto: *el bien, la verdad, el ser*.

El siglo XIX, dice Brague, planteó la cuestión del *bien*, ante la crisis de la revolución industrial y la opresión de la clase obrera. Nace en este contexto el marxismo y se agita la cuestión social. ¿En qué consiste el bien común? ¿Cómo solucionar tantos dolores y reparar tantas injusticias?

El siglo XX, por su parte, puso sobre el tapete la cuestión de la *verdad*. Pues surgen entonces las ideologías marxista y comunista, que pretenden explicar el mundo científicamente, presentándose como la verdad última de la vida y de la historia. La pregunta que inquieta es entonces la siguiente: ¿cómo puede la verdad aplastar a la persona, si la persona es el lugar donde se manifiesta la verdad?

En fin, nuestro siglo XXI arriba a la cuestión radical del *ser*: ¿es bueno que los hombres sigan siendo? ¿No somos nosotros mismos una amenaza para el planeta? ¿Por qué merece la pena transmitir la vida?

Este pensamiento de Brague podemos nosotros leerlo en clave de historia de la Iglesia.

El siglo XIX, concentrado sobre el bien, ha podido denominarse “siglo de la caridad”. Llama la atención, por ejemplo, el crecimiento de órdenes religiosas consagradas al servicio del prójimo, tanto en la beneficencia como en la enseñanza.

Llegó luego el siglo XX, y la Iglesia afrontó la cuestión de la verdad, respondiendo al totalitarismo de comunistas y nazis. El Concilio Vaticano II puede leerse en esta clave, como una exposición de la fe cristiana que permita iluminar el deseo de verdad propio del hombre moderno. Y la cuestión de la verdad sigue brillando durante la recepción del concilio en los cincuenta años siguientes, de manos de Juan Pablo II y Benedicto XVI. Frente a la pretensión abstracta de las ideologías, el cristianismo afirma que la verdad es una persona, Cristo Jesús. Y que la verdad que se revela en Cristo es la verdad de un gran amor.

¿Y el siglo XXI? Lo que está ahora sobre el tapete es la cuestión del ser. Mientras el mundo se pregunta si el ser es tan bueno como para que merezca la pena transmitirlo, una cuestión similar acecha a la Iglesia: ¿es la fe tan buena como para que merezca la pena transmitirla? ¿Ayuda la fe sólo a los cristianos, o confiere grandeza a la vida de toda persona?

Podemos concluir que, si el siglo XIX puede llamarse siglo de la caridad, y el siglo XX se concentró en la fe, el siglo XXI será el siglo de la esperanza, porque la pregunta decisiva atañe a la fecundidad del ser.

¿Y cómo afrontar el gran reto de la esperanza, que hemos formulado como: “generar o no generar”? Una luz imprescindible viene de Dios como manantial originario de todo lo creado. Brague muestra en su libro que un ateo podría, sí, encontrar sen-

tido en su vida, pero le faltaría sentido para *transmitir* la vida. En efecto, sin Dios puede ser razonable vivir, pues nos bastan razones subjetivas para emprender cada jornada. Pero para comunicar la vida hace falta algo más: hace falta dar razón al hijo del bien de su vida. Y eso es más difícil hacerlo sin Dios.

Brague concluye que la clave para responder a la alternativa (“generar o no generar”) consiste en experimentar la vida como un don tan precioso que no puede sino comunicarse a otros. Por eso es necesario experimentarla desde un manantial que nos desborda: el Creador.

Y este manantial es necesario también para anunciar a otros la fe, es decir, para vivir la fe, no como mera opción privada, sino en su dinamismo misionero. Tal manantial solo puede ser Cristo, que nos entrega su cuerpo en la Eucaristía, y así nos genera a su misma vida. La entrega de Jesús en la Eucaristía nos hace comprender que la fe no solo es buena, sino que es tan buena que no puede sino transmitirse.

Gracias a este manantial la esperanza es capaz de transformar el futuro, que ya no es futuro de miedo o incertidumbre, sino el futuro de un fruto. Con la fórmula que da título a este libro podemos definir la esperanza como esa fuerza que transforma todo futuro en fruto. Los olivos de Van Gogh, que sirven de portada al volumen, evocan la oración de Cristo en Getsemaní. Son una eficaz imagen de ese combate de la esperanza “contra toda esperanza”, de donde mana un río de aceite que sana las heridas y llena de vigor el cuerpo.

Los capítulos de este libro recogen meditaciones sobre la esperanza impartidas durante el inicio, tan incierto, de la segun-

da década del siglo XXI. Una *primera parte* se centra en los espacios y tiempos de la esperanza, empezando por la meta de ella: alcanzar la comunión con Dios. La *segunda parte* se concentra en Cristo, quien es, en expresión de san Ignacio de Antioquía, “nuestra común esperanza” (*Carta a los Efesios* 21,2). La *tercera parte* investiga el nexo entre la esperanza y la vocación cristiana. Aquí se considera la esperanza desde las distintas formas que toma la gran llamada de Dios al amor: el matrimonio y la vida consagrada. Y se concluye planteando la pregunta por el futuro de la fe y de la Iglesia en nuestra época secularizada.

A la Virgen María, a quien cantamos como “vida, dulzura y esperanza nuestra”, y a quien Dante invocó como aquella que “aquí abajo, entre los mortales”, es “fontana vivaz de esperanza”, van dedicadas estas páginas.

Madrid, 2 de febrero de 2024,  
en la fiesta de la Presentación del Señor.

PRIMERA PARTE

*ESPACIOS Y TIEMPOS DE LA ESPERANZA*

---

## La altura de la esperanza: la divinización

La segunda década del siglo XXI ha venido con un cariz arduo, trayendo pandemias y guerras. En todo tiempo arduo se hace necesario hablar de la esperanza. Y hay que empezar diciendo: la esperanza no consiste en desear que el tiempo deje de ser arduo.

¿De qué hablamos, entonces, cuando hablamos de esperanza? No es sólo la esperanza de que se acaben todas las pandemias. Y tampoco sólo de que resistamos a la crisis económica o a la guerra. Pues, aunque pandemia, crisis y guerra llegaran a hacerse la norma de nuestra vida, no se apagaría nuestra esperanza. Y, al revés, aunque se eliminaran pandemias, crisis y guerra, seguiríamos necesitando esperanza.

El cristianismo ha agudizado la cuestión de la esperanza, planteando un órdago a la grande. Pues la meta de la esperanza cristiana consiste en que nos unamos a Dios hasta hacernos se-

mejantes a Él, es decir, hasta hacernos dioses. Esto parece casi una blasfemia. Sin embargo, en los primeros tiempos de la Iglesia era común repetir que el hombre está llamado a divinizarse. Dios se ha hecho hombre, decían los antiguos Padres, para que el hombre se haga Dios. Y es que nuestra divinización no es sino la otra cara de ese hecho fundamental cristiano: la Encarnación o el hacerse hombre de Dios. Por eso Jesús nos invita a ser perfectos como lo es nuestro Padre celestial (Mt 5,48). Y san Pablo nos exhorta a vivir una vida “digna de Dios” (1Tes 2,12).

Detengámonos primero en el asombro ante esta pretensión desmesurada. ¿Queremos realmente, o necesitamos, ser iguales a Dios? ¿No bastaría con llevar una vida humana plena, o acaso incluso una vida humana decente?

San Agustín ha insistido en que hay algo en el inquieto corazón humano que le hace imposible contentarse con menos que Dios. Y así, por ejemplo, si no alcanzásemos la eternidad que solo Dios posee, estaríamos intranquilos, temiendo a la muerte, y no podríamos ser felices. O, si no llegásemos a la unidad propia de Dios, no podríamos amar con todo nuestro ser. O, si no lográramos la capacidad que tiene Dios para dar vida, quedaría pequeño nuestro deseo de fecundidad.

Ahora bien, todo esto no puede probar nuestro alto destino en Dios. Dice solo algo sobre el deseo humano, que es insaciable. Pero ¿quién nos asegura que ese deseo tiene que cumplirse? Además, ¿no podemos renunciar a este deseo, contentándonos con menos?

Es verdad que nuestro deseo no nos da la última respuesta. Pues el deseo no se origina por sí mismo, sino por un amor pre-

vio que nos toca, nos transforma, nos atrae, suscitando así el deseo en nosotros. Por eso la altura de nuestro deseo conduce a la altura del amor con que hemos sido amados. La fe cristiana confiesa que este amor es el amor de Dios, el amor que se nos ha manifestado en Cristo. De tal amor infinito nace nuestro deseo de infinito.

Platón decía que el hombre busca “la semejanza con Dios, en cuanto le es posible”. El cristianismo concuerda, pero interpreta de otro modo este “en cuanto le es posible”. Es decir, no en cuanto le es posible al hombre, sino en cuanto le es posible a Dios. Y a Dios le ha sido posible unirnos totalmente a sí, porque Dios es amor. San Ignacio de Loyola decía: “si san Francisco hizo esto, si santo Domingo hizo esto... ¿y yo?” Podríamos parafrasearlo: “si Dios hizo esto, ¿y yo? ¿y mi respuesta?”

## 1. O Dios o nada

Pues bien, en primer lugar, este amor de Dios nos invita a responder: “O Dios o nada”. Dios ha apostado tan fuerte por el hombre, que no queda sino verle la apuesta o, en caso contrario, renunciar a todo. Un personaje de la novelista americana Flannery O’Connor, un criminal desalmado, dice esto de Jesús: “Él lo sacó todo de quicio. Si hizo lo que dijo, entonces no queda más que desechar todo y seguirlo. Y si no lo hizo, entonces no te queda más que disfrutar de los pocos minutos de tu vida de la mejor manera posible: matando a alguien o quemando su casa o haciéndole alguna otra maldad”. En forma negativa trasluce aquí el “todo o nada” que Jesús ha revelado,

es decir, el “todo o nada” (“o Dios o nada”) de la apuesta de Dios por el hombre.

Este “o Dios o nada” se aplica a todos los ámbitos de la vida y es el contenido de la predicación de la Iglesia. A los esposos: si no os entregáis juntos a Dios, acabaréis odiándoos. A los padres: si no lleváis a vuestros hijos a Dios, más valdría que no hubieran nacido. A los que trabajan: si vuestra obra no alcanza la altura divina, es obra destructora.

Uno podría decir: ¿cómo puede Dios pedir tanto al hombre? Pero se podría contestar, más bien: ¿cómo puede Dios dar tanto al hombre? Pues el “o Dios o nada” no sucede a costa del hombre. El “hombre” no está en la segunda parte de la alternativa, en la “nada”, sino en la primera, está de la parte de Dios. Si puede decirse “o Dios o nada” es a partir de la acción de Dios en favor del hombre. Por tanto, se trata de decir: “¡o el hombre o nada!”

Hay aquí algo esencial que cuesta mucho entender a nuestra época, a la que le gusta imaginar infinitas formas de plenitud humana, tantas como sujetos que las eligen. La fe nos dice que la aceptación del mensaje de Cristo, la acogida de su reto de ser como Dios, es la única forma de ser verdaderamente hombre. No hay, fuera de Cristo, otra imagen válida del hombre. No hay otra versión de la dignidad y de la plenitud humanas.

## **2. O aquí o en ningún sitio**

A este “o Dios o nada” hay que añadir enseguida otra disyuntiva, a la luz de la Encarnación, donde Dios nos lanzó su

desafío. Nace esta disyuntiva de que la divinización no sucede en las alturas de la mente de cada individuo. Es decir, la divinización no sucede más allá de nuestra carne. El Verbo se ha hecho carne para divinizar la carne.

Esto ilumina una paradoja. Se nos dice, por un lado, que no somos ángeles, y que intentar vivir como ángeles nos vuelve bestias. Pero, por otro lado, no se ve contradictorio que queramos vivir como Dios. ¿No podemos ser ángeles y sí podemos ser Dios?

Resulta que el problema de intentar ser ángeles no es la exageración de la altura que esperamos, sino más bien el olvido de la carne y de la comunión fraterna que los ángeles no conocen. Dios, por el contrario, al ser amor, nos diviniza desde el amor, lo que quiere decir: desde las relaciones y, por tanto, desde la carne. Para llegar a ser ángel habría que abandonar la carne. Para llegar a ser Dios, hay que dejar que su Espíritu moldee nuestra carne.

Es cierto, como decía el filósofo Julián Marías, que la vida humana solo merece la pena cuando se pone toda ella a una carta, cuando se apuesta por algo seriamente. Si no sucede así, entonces nunca ejercemos nuestra libertad ni nuestra capacidad de entrega, y nos quedamos esperando estérilmente, como los ignavos de la antesala del *Infierno* en Dante, a quienes no acepta ni Dios ni el diablo, porque no tuvieron nunca interés ni pasión alguna.

Pues bien, a esto puede añadirse que el mismo Dios ha puesto toda su vida a una carta, la carta de la carne de Cristo. Por eso nuestra divinización atraviesa la carne de su Hijo, una carne concreta en el espacio y tiempo. Así que, junto al “o Dios o nada”, hay que decir: “o aquí o en ningún otro sitio”.

Esto significa que Dios no diviniza solo lo interior de cada individuo, sino que quiere divinizar el espacio de nuestras relaciones. Él nos ha entregado, no sólo una llama divina por dentro, sino una atmósfera divina que nos rodea y que podemos respirar. Es entrando en ese espacio como podemos llegar a ser dioses. Este es el espacio del cuerpo de Cristo, el espacio que abre María, el espacio de la Iglesia y de cada comunidad cristiana.

Por eso la divinización está tan unida a la devoción al Corazón de Cristo. Para verlo, comparemos dos frases. Por un lado, los Padres de la Iglesia hablaban así de la divinización: “el Hijo de Dios se hizo hijo del hombre para que el hijo del hombre pudiera hacerse hijo de Dios”. Por otro lado, en el Corazón de Cristo escuchamos: Dios ha querido amar con corazón humano para que el corazón humano pudiera amar a la medida de Dios. Por eso el Corazón de Jesús puede llamarse el *laboratorio de la divinización*.

### **3. O ahora o nunca**

Desde aquí pasamos a un tercer hito. Precisamente porque la divinización se forja en nuestra carne, requiere también de un tiempo. O, mejor, la esperanza de la divinización crea su propio tiempo, dilatando nuestros horizontes hacia el pasado y hacia el futuro. Se trata de una nueva medida del tiempo: la medida del reconocimiento del don de Dios y de nuestra colaboración con Él.

Esencial a este nuevo tiempo es que la esperanza cristiana se ha anticipado al “hoy”. No es solo la esperanza en algo que llegará, sino que su meta más alta, la unión con Dios, puede al-

canzarse ahora. No es, en realidad, una esperanza “tras las olas de la pandemia”, o “tras la guerra o las crisis”, sino una esperanza durante las olas y durante la guerra y crisis. Para que la esperanza se cumpla no hay que esperar tiempos mejores, sino aceptar vivir este tiempo según una medida nueva, la medida de Cristo.

A este fin es decisivo dilatar el presente, renunciando a vivirlo como instante fugitivo. Al contrario, el presente se extiende hacia atrás, pues es el tiempo de la memoria grata por los dones alcanzados. Y se extiende también hacia delante, pues es el tiempo cuando madura el fruto a través de nuestra acción libre. Así, cada uno de nuestros “hoy” no está aislado del resto de la vida, sino que va hilando un relato con sentido, capaz de albergar la eternidad.

Comentando el arte de la Basílica de Santa María la Mayor, el Cardenal Ratzinger se fijaba en los mosaicos colocados sobre los arcos laterales. Es una serie de profecías del nacimiento de Jesús y parece que la serie debería terminar con la representación del pesebre. Sin embargo, concluye en la imagen de un trono vacío. ¿Por qué es esto? Se trata de una invitación a mirar, desde la altura de los arcos, hacia abajo, hacia donde se encuentra la reliquia del pesebre. El trono está vacío porque Dios ha descendido a la tierra. Y justo debajo del trono se halla la gruta de Belén. El Rey se ha hermanado con nosotros y podemos comenzar ya ahora a vivir bajo su realeza liberadora.

La divinización, según lo que hemos dicho, supone confesar a Dios que es amor. Esto significa que Él es el Dios trinitario: el Padre manantial del don, el Hijo amado, el Espíritu que es el

amor mismo. Podemos llegar a ser como Dios porque Dios es amor que se comunica. Somos como Dios en la forma receptiva del Hijo y a través del vínculo del Espíritu.

De hecho, los primeros cristianos unieron la confesión de la Trinidad con la divinización. Hay una antigua homilía del siglo II donde se exhorta a los cristianos a confesar a Jesucristo como Dios porque, se añade, de otro modo “pensaríamos muy bajamente de nuestra propia salvación”. Es decir, si Jesucristo no es Dios, no ha podido comunicarnos su vida divina, y entonces nuestra salvación es muy poca cosa. Recordemos también el argumento empleado por los Padres para defender la divinidad del Espíritu Santo. El Espíritu tiene que ser Dios, pues no podría divinizarnos si no fuera igual a Dios.

¿Se puede vivir, entonces, la esperanza, incluso en esta segunda década del siglo XXI? Sí, y mayor esperanza, porque es la esperanza de alcanzar a Dios, y de alcanzarle aquí y ahora.

La segunda década del siglo XXI va camino de llamarse “los inciertos años 20”. Pues la pandemia, las crisis económicas, las guerras... han nublado el futuro. Se hace urgente, por eso, recobrar la esperanza. Desde la esperanza, el futuro no es el tiempo de nuestros proyectos solitarios. Ni tampoco de un optimismo que impone nuestros deseos a la realidad. Desde la esperanza el futuro es el tiempo del fruto que, a través de nosotros, germina más allá de nosotros.

La primera parte del libro explora los espacios y tiempos de la esperanza, empezando por la meta de ella: alcanzar juntos la comunión con Dios. La segunda parte se concentra en Cristo, quien es, según san Ignacio de Antioquía, “nuestra común esperanza”. La tercera parte investiga el nexo entre la esperanza y la vocación cristiana para edificar la sociedad y la Iglesia. Los olivos de Van Gogh, recogidos en la portada, que evocan la agonía de Jesús en Gethsemaní, ilustran bien el combate de la esperanza para transformar el futuro en fruto.